

CARLOS JUNQUERA RUBIO
ÁNGELA FRANCO MATA
LETIZIA ARBETETA MIRA

RELIQUIAS y RELICARIOS

A LO LARGO DE LA HISTORIA

Cultura, Patrimonio e Identidad



RELIQUIAS y RELICARIOS

CARLOS JUNQUERA RUBIO

ÁNGELA FRANCO MATA

LETIZIA ARBETETA MIRA

RELIQUIAS y RELICARIOS

A LO LARGO DE LA HISTORIA

Cultura, Patrimonio e Identidad

ACCI ediciones (Asociación cultural y científica iberoamericana) apoya la protección del copyright.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

© Obra: RELIQUIAS Y RELICARIOS A LO LARGO DE LA HISTORIA

Primera edición: Junio, 2025

© Autor: VV.AA

ISBN: 978-84-10041-79-0

Maquetación y Diseño cubierta: ACCI ediciones

Fotografías © L. Arbeteta, o el autor indicado. Todos los derechos reservados.

© Editado por ACCI ediciones // www.acciediciones.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del copyright.

RELIQUIAS Y RELICARIOS: PATRIMONIO SOCIAL Y FAMILIAR EN LAS EDADES MEDIA Y MODERNA

PRESENTACIÓN DEL TEMA

En los últimos tiempos asistimos a un desarrollo intenso sobre todo objeto que sea considerado idóneo para el patrimonio y sobre el mismo se tejen toda suerte de criterios, y si este o aquel deben estar o no en un museo para ser contemplados por estudiosos y turistas, cuyos fines y puntos de vista no tienen por qué coincidir.

Las reliquias cuentan con una larga historia, tanto las consideradas religiosas como las que hacen referencia a las laicas, y, todas ellas, ofrecen discursos larguísimos de tradiciones verdaderas, adulteradas y falsas; ya que, todo depende de quién decida sobre ellas. Teniendo en cuenta esta posibilidad, de lo que no cabe ninguna duda es que responden a un patrimonio material, cultural, social, político e ideológico con un amplio abanico de matices. Mayoritariamente y teniendo en cuenta el desarrollo de la historia, las devociones religiosas priman sobre las laicas, pero desde los siglos XVII y XVIII, estas se van abriendo camino y cada día cuentan con más adeptos. Una pulsión humana que entendemos como *fascinación* es la responsable cultural de que, durante generaciones, se haya impuesto la reliquia como una posesión especial, otorgándole unos valores que van mucho más allá de la materialidad de la pieza en sí (Franco Mata, 2013: 151-206).

Los estudiosos actuales opinamos que las reliquias surgieron de un empoderamiento social y cultural aplicado a ciertos personajes, cuya vida puede ser real o responder a una leyenda bien hilvanada; pero que, por diferentes criterios, dijo algo a sus contemporáneos y luego debe seguir diciéndolo a las generaciones futuras. El filósofo Platón señala en su *República*, que la patria debe honrar a quienes mueren por ella (Platón, *De República*, V,15). Los hechos y las hazañas de algunos dignatarios célebres comenzaron a ser conocidos por la sociedad en general e incluso sus heroicidades se magnificaron para que se siguiera su trayectoria y se incrementara el Panteón de los denominados *héroes*. Algo similar ha ocurrido, desde el primer momento, en el cristianismo, ya que algunos seguidores de Cristo

son venerados por ofrecer una vida más acorde con los dichos del Maestro y por eso se les canoniza y se les considera santos; y también mártires si alguno de ellos lo fue también además de justo (Cárcel Ortí, 2001).

La tradición griega podemos considerarla como laica, a pesar de que sus héroes tienen lazos familiares con los dioses de los que descienden. Este parentesco no impide, parece ser, que además se les tenga en un buen recuerdo porque fueron fundadores de ciudades, defendieron con sabiduría a los suyos, responden a un linaje honorable, etcétera. Cuando una tradición cultural decide ennoblecer a uno de los suyos y subirlo a un pedestal resulta que las creaciones posteriores sobre este personaje pueden llegar a ser incontrolables, porque el fanatismo es otra pulsión con la que debe contarse y tal vez surgió, porque los maestros de ceremonias no supieron ofrecer a tiempo el ritual apropiado y evitar desatinos. El cristianismo de los primeros siglos, y especialmente en el norte de África, narra como ciertos individuos se orientaban al suicidio creyendo que serían considerados mártires, ya que decidían tomar ese camino por su amor a Jesucristo. El criterio oficial supo poner límite entre martirio y suicidio pretendiendo evitar la exaltación, la idolatría y el error (Junquera Rubio y Emperador Marcos, 2022).

Los héroes, por decirlo de alguna manera, muestran poseer unas cualidades que están por encima de lo común, que sus hechos trascienden y van más allá de donde puedan alcanzar las personas normales. Por usar un criterio marxista, tienen una especie de *plus-valía* inmaterial que resulta muy difícil de concretar en términos inteligibles. Ese espacio intangible es *ocupado* por todo un serial de realidades y leyendas, muy difíciles de definir y de explicar, menos aún de precisar dónde están los límites entre los diversos ingredientes que están ahí, incluso compitiendo culturalmente.

Rendir culto a algo o a alguien es anterior a cualquier criterio griego, judío o cristiano. Esta realidad fue detectada por los arqueólogos hace muchos años cuando estaban excavando en geografías del actual Irak. Ralph Solecki, de la universidad norteamericana de Columbia, excavó en el sitio de Shanidar entre los años 1957 y 1961 y cuando se aplicaron al nivel IV se encontraron con una tumba neardental, que fechó entre 60 000 y 80 000 años antes. En ese sepulcro aparecieron nueve esqueletos de individuos adultos e íntegros y lo que asombró fue el polen detectado en el interior, lo que demostraba que habían sido homenajeados con flores, lo que muestra que ya antes del *Homo sapiens* se ofrecía culto a alguien, ya fuese familiar o líder. Solecki escribió¹: “*must have ranged the mountainside in the mournful task of collecting flowers for the dead*” (Solecki, 1954: 398-425, 1971).

El polen analizado ha servido también para plantear otras hipótesis, ya que, al margen de rendir culto a los muertos, hay quien entiende que desde ese momento debe tenerse en cuenta el empleo de plantas para usos medicinales con el objetivo de recuperar la salud perdida (Lietava 1992: 263-266). La intención real del ejecutor o ejecutores de

¹ “Debió haber recorrido la ladera de la montaña en la triste tarea de recoger flores para los muertos”.

recoger plantas y aplicarlas a una tumba es dato que no vamos a saber por más que lo intentemos.

La interpretación griega y la cristiana respecto de un mismo hecho es diferente. El héroe griego destaca por su valentía a la hora de entrar en combate contra el enemigo; el mártir cristiano lo hace con pasividad no violenta, pero sin negar lo que cree. El motivo de ofrecerles ofrendas no puede tener el mismo sentido, sino el adecuado desde sus criterios culturales, que son los que señalan el camino a seguir. Las sociedades del pasado demostraron acatamiento ante los héroes militares, por un lado, y ante los guías religiosos, por otro. Rendir culto a unos y otros no parece que fuera descabellado. Lo que debemos tener claro es que la tradición cristiana tiene muchas influencias de tres culturas: judía, griega y romana, lo que no es ninguna novedad para el mundo de la Academia (Aullón de Haro y Crespo, 2017).

Curiosamente el cristianismo nació en una doble clandestinidad: la judía en primer lugar y la romana presente en área como potencia dominante. El Sanedrín era la asamblea ciudadana que decidía sobre los asuntos sociales, políticos, económicos y religiosos, pero en aquellos primeros momentos cristianos estaba sometida al poder romano. Y así debemos entender que Cristo es juzgado por normas judías, pero condenado a muerte en la cruz, que era el castigo romano. Si tenemos en cuenta que esa asamblea era representativa de todos los judíos, entonces no podía haber uniformidad de partido único y menos que ese en concreto decidiera la política del estado. Los romanos, tal vez influenciados por esa oficialidad judía, no sintieron ninguna estima por los recién aparecidos cristianos, que nacieron bajo dos impactos diferentes, pero que se unieron contra el enemigo común como ha ocurrido muchas veces en la historia humana.

Se ha estudiado mucho más a la iglesia primitiva perseguida por el poder romano hasta el año 313 en que se promulga el edicto de Milán, hecho que no solo va a favorecer al cristianismo, sino que lo catapultará, pasando de clandestino a oficial. Ese cambio requirió tres siglos de tiras y aflojas con las autoridades romanas y veinte con las judías, ya que el tema no parece que tenga solución ecuménica a corto plazo. Por otro lado, cuando las ideas se desarrollan primeramente en la clandestinidad, el día que salen a la luz lo hacen de modo triunfante y sin importar el número de muertos que se han dejado por el camino; es más, estos serán utilizados como mártires y como santos para consolidar el mensaje.

La expansión del cristianismo por el Mediterráneo tuvo su apóstol en san Pablo, que, siendo judío y ciudadano romano a la vez, pudo moverse, aunque fuera encarcelado y encadenado primero y que se le prohibiera predicar el evangelio después, como narra el mismo. Esta situación no le impidió disponer de colaboradores; es más, estos demostraron que sabían moverse también. Un tal Onésimo, que estaba como esclavo en casa de Filemón escapará de esa situación y se juntará con Pablo en Roma y lo mismo puede decirse de Tíquico, que acompañará a Onésimo en el viaje de regreso, como narra la epístola a los Colosenses (Col. 4, 7-9).

Entra dentro de lo posible, que las acciones evangelizadoras de San Pablo fueran las causantes de que el cristianismo primitivo pudiera desligarse del contexto judío y que las sociedades paganas en las que actuaba fueran mejores receptoras. Los gentiles, supuestamente no judíos, parece que favorecieron el cambio de religión en muchos lugares del imperio romano, abandonando las creencias previas, diversas por otro lado, unificándolas en una nueva: la cristiana, que sí estaba unificada y se desarrollará de forma piramidal.

Los ritos primitivos cristianos se celebraban en familia, posiblemente las celebraciones eran más de la tarde noche, que de mañana. El núcleo familiar se agrandaba con otros en similar situación y ese desarrollo terminará por abarcar a todo el conjunto. Los ritos no tienen sentido sin el universo que aportan los símbolos y el más importante va a ser el proporcionado por la cruz, que se convertirá en el énfasis del poderío pujante de Cristo; es más, se convertirá como el medio por excelencia para expresar la redención. Este detalle interesa tenerlo claro ya que hubiera sido imposible difundir el culto a las reliquias, ya que estas se convertirán en intercesoras entre el mundo de abajo y el de arriba y para ello se les añade el calificativo de milagrosas (Daniélou y Marrou, 1982: 119-120).

En algún momento que se centra en el incendio de Roma en la época de Nerón y hasta el año 313, los cristianos sufrirán varias persecuciones. Estas acciones punitivas se decidían a nivel estatal y por las autoridades locales. Una de las consecuencias resultantes propició la vida en las catacumbas; es decir, vivir el día a día debajo de la tierra, celebrar los ritos y rituales en esa situación y decidir enterrar a los muertos, mártires o no, en la cercanía y en esas galerías subterráneas y clandestinas que socialmente modificaron los criterios jurídicos romanos respecto a que los difuntos debían enterrarse fuera de las ciudades. Ahora estaban dentro.

Uno de los desenlaces de las persecuciones responde a la perfección a lo que señala el libro del Apocalipsis: *“tomó la palabra uno de los ancianos y me dijo: estos vestidos de túnicas blancas ¿quiénes son y de donde vinieron? Le respondí: Señor eso tu lo sabes. Y me replicó: estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero”* (Apoc. 7, 13-14). Aquí reside que el martirio sea considerado como el más excelente acto de entrega para alcanzar la santidad. El mártir entra directamente en el Paraíso por su testimonio ejemplar; mientras que el resto debe esperar y pasar previamente por la purificación requerida.

El testigo de Cristo por antonomasia será el mártir y a este se le rendirá un culto en sus restos corporales por considerarlos en mucha estima. Esta tradición comienza cuando los cristianos de Esmirna notifican lo que han hecho con los restos guardados de quien fuera su obispo, san Policarpo, muerto a manos de los verdugos que actuaron en la persecución ordenada por el emperador Lucio Vero, de la dinastía de los Antoninos, y que Eusebio de Cesárea nos narró así: *“Viendo, pues, el centurión la porfía de los judíos, puso el cuerpo en medio, como era costumbre, y lo quemó. Y así nosotros, luego, retiramos sus huesos, más estimables*

que las piedras preciosas y mejor acrisolados que el oro, y los guardamos en lugar conveniente. Allí, reunidos en cuanto nos sea posible, jubilosos y alegres, el Señor nos concederá celebrar el día natalicio de su martirio” y se cita también que durante el momento de estar martirizado en la hoguera y “*viendo aquellos impíos que el cuerpo no podía ser consumido por el fuego, ordenaron al confector² que se acercase y hundiese en él su espada; hecho lo cual brotó un caudal de sangre, tan grande que apagó el fuego y dejó asombrada a toda la muchedumbre que veía la gran diferencia entre los infieles y los elegidos*” (Eusebio de Cesárea, 2008: 222-234).

Esta narración y otras similares fueron las que dieron pie para que se iniciase un culto a los restos de los santos, ya que el martirio de estos se interpretó de inmediato como idóneo para secundar el sufrido por Jesucristo. En poco tiempo se fomentó una tradición en la que desearon participar numerosos cristianos, unos con buenas intenciones y otros con un cierto error como ya hemos comentado anteriormente. Entre los distinguidos destaca san Ignacio de Antioquía quien notifica su deseo en la Epístola a los Romanos: “*no os ordeno como Pedro y Pablo. Aquellos eran apóstoles, yo un condenado; aquellos, libres; yo, hasta ahora, esclavo. Pero si padezco, seré un liberto de Jesucristo, y en El resucitaré libre*” (Padres Apostólicos, II, 2004: 34).

Aunque no se deba expresar la existencia de un cierto culto a los restos de los santos, en esta primera época se fue fraguando lo que vendría siglos más tarde. En estos primeros tiempos detectamos prácticas cotidianas que terminarían por ser más generales y que se concretaban en llevar flores y especias a las tumbas de quienes iban a homenajear, ya que esta costumbre les diferenciaba de quienes no eran cristianos, pero todavía no se tenía idea clara de si los restos de los mártires y santos curaban, concedían dones, u otros hechos prodigiosos atribuidos a la santidad de los considerados como sentados ante Dios en la Gloria (Vauchez, 1981: 16).

El siglo IV es el que va a señalar el momento decisivo en la historia de la Iglesia. Esta centuria se inaugura con la persecución de Diocleciano a partir de los años 303 y 304, pero será la última vez que el Imperio Romano pretenda liquidar al cristianismo; es más, ya entre los líderes de altura el criterio perseguidor contaba con algunos disidentes entre los que se contaban Licinio y Constantino, que no hicieron otra cosa que consolidar el criterio tolerante de Galerio del 311 y ahora, en el 313, no solo se toleraba sino que debían restituirse los bienes incautados a las diferentes iglesias y esto ya es tema del Edicto de Milán. El cambio de mentalidad se estableció.

Aunque las cifras exactas nos son desconocidas aún, las aproximaciones sugieren que en ese año 313 funcionaban en los dominios del Imperio Romano como 1 500 sedes episcopales y como entre cinco y siete millones de súbditos profesaban la religión cristiana. Estas cifras no eran iguales en todo el dominio, pues el Oriente y el norte de África contaban

² El confector era el encargado de dar el golpe de gracia al moribundo después de un combate para que dejara de sufrir. Equivale a lo que ahora designamos como quien da el “tiro de gracia”.

con más reservas efectivas y Cartago mantendrá una cierta preponderancia en el Mediterráneo meridional (Veyne, 2008: 11).

El Edicto de Milán del 313 no solo trajo tolerancia, aportó jurisprudencia y gracias a esta decisión de promulgar leyes protectoras, el cristianismo se convertirá en poco tiempo en la religión oficial. Con la llegada de la nueva religión emergen símbolos cristianos dotados de oficialidad como institución imperial y las monedas de curso legal comienzan también a mostrar esta peculiaridad. Los símbolos expresan ya una normalización en todos los sentidos y así se ha reseñado (Daniélou y Marrou, 1982: 47-48).

El cristianismo salió de las catacumbas y esta peculiaridad va a señalar el surgimiento de nuevos caminos y uno de ellos será canalizar la devoción popular y la vida religiosa de las comunidades pequeñas, las que habían seguido viviendo al margen de cualquier control, ya que la situación era la que era. La Iglesia del siglo IV fomentará formas de vida piadosa y entre ellas va a destacar el culto a los mártires, que, con la paz aportada por el edicto de Milán, resurgirán con fuerza. Los denominados “testigos de Cristo” se consolidarán en la tradición, veneración, intercesión y culto. Esta será la centuria decisiva para que surja un culto a los santos mártires (Daniélou y Marrou, 1982: 47-48).

En principio, ya que no hay nada que pueda orientar en otra dirección, los razones que impulsaron la veneración hacia los mártires y santos son específicamente cristianas, ya que el motivo de la prédica era que estos testigos intercedían directamente ante Dios como buenos abogados. Sus seguidores confiaban que les otorgarían favores celestiales puesto que ya residían en el *más allá*, que era etéreo, desconocido, pero apetecible para conseguir la *otra vida*. Y en esta, esperaban que les curasen de todos los males.

En este contexto, surgieron momentos de confusión. La vida en las catacumbas había impedido en buena manera observar los rituales paganos y resultó que los cristianos acudían a la tumba del mártir con los mismos ingredientes que aquellos otros ciudadanos que no eran seguidores de Jesús; es decir, considerar a una persona como un héroe podía darse en la iglesia y fuera de ella; atender y reparar un sepulcro tres cuartos de los mismo; comilonas para conmemorar el día de la muerte de la persona idolatrada era imagen laica y cristiana.

Alguna de estas prácticas piadosas podía superar lo normal y convertirse en tema supersticioso, ya que lo simbólico depende de cómo se entiendan el signo y el significado; es más, de esto hay ríos de tinta y muchas resmas de papel impresas. De alguna forma, el siglo IV representa también posicionarse entre una iglesia intelectual controlada por los santos padres y otra popular y doméstica en la que cada individuo busca vivir su fe al margen de lo oficial. Al mismo tiempo, las fiestas cristianas debían compartir día, hora y lugar con festejos paganos y esto propiciará un sincretismo en numerosas ocasiones (Harari, 2016: 248).

Por otro lado, la falta de documentación que acredite ciertos acontecimientos orienta a pensar que pudieran haber sido propuestos desde la leyenda bien hilvanada y no desde la realidad histórica. San Pedro, que se supone fue el seguidor más inmediato de Jesús se ha

dicho que viajó a Roma para establecerse en esta ciudad y predicar el evangelio. Sin embargo, hoy en día son muchos los que rechazan esta posibilidad debido a que no hay pruebas documentales; lo que no ocurre con san Pablo, del que no hay ninguna duda (Shaw, 2015: 73-100; Álvarez Cineira, 2018: 615-645). Los monoteísmos tienen unos orígenes oscuros, pero saben manipular muy bien el mensaje para obviar esa deficiencia.

De lo que no podemos tener duda es que cierto o falso, la iglesia primitiva tuvo seguidores desde el primer momento y que la fe la tenían bien arraigada ya que el número de mártires se incrementó notablemente. De suyo, si hubo persecuciones fue debido, al menos en parte, a que sin ser los más numerosos en el imperio romano comenzaban a ser molestos para los criterios oficiales y que estas concluyeron cuando los que decidían, si no se hicieron cristianos, al menos establecieron una tolerancia antes de fomentar el apoyo decidido a ese criterio.

Los arqueólogos han detectado y fechado a finales del siglo IV unas ruinas cercanas a la antigua ciudad de Antioquía y las mismas responden a un recinto de cuatro naves proyectadas en forma de cruz y cuyo crucero responde a un santuario de forma cuadrada. Los teólogos defienden que ese lugar estaba dedicado a San Babilas, un mártir del lugar que contó con mucha trayectoria local (Daniélou y Marrou, 1982: 47-48). Todo el conjunto se ha dedicado a defenderlo como un *martyria*³; es decir, una basílica paleocristiana destinada a albergar los restos corpóreos de un mártir, en este caso los del citado (Krautheimer, 1986: 518). Estos edificios carecen de un modelo común, lo que debe entenderse que surgieron en momentos de persecución y, si alguna influencia tiene, pues no puede ser otra que la que procede de la arquitectura romana, que era la más abundante en aquellos momentos. Sin duda alguna, se idearon para simbolizar la muerte de un testigo y la eternidad de una vida junto a Dios (Maraval, 1985).

Por lo general estos recintos, que posteriormente se han denominado *iglesias-martyria* se construían en lugares cercanos a las ciudades, pero fuera de ellas. El ejemplo más claro lo tenemos en Roma con la basílica de San Pablo, en las cercanías de la Via Ostiense, y en donde la tradición señala que fue martirizado y que su cabeza, al ser desprendida del cuerpo por el verdugo, dio tres saltos. Este templo se levantó fuera del recinto amurallado y el hecho de que hoy se encuentre dentro y con una estación del suburbano a escasos metros de la línea B no significa que en su momento estuviera en su interior. La legislación romana prohibió en muchas ocasiones levantar cementerios en el interior (Junquera Rubio y Emperador Marcos, 2022). Las catacumbas son una excepción debido a la situación de clandestinidad.

En algún momento y puede que, debido a alguna genialidad, los cuerpos santos comenzaron a ser troceados para poder dispersarlos entre los seguidores de éste o de aquel santo. Se pasó de una costumbre de respeto a otra de veneración, en la que disponer de

³ Martyria es el plural de martyrion, por lo que en el contexto debemos pensar que murió más de uno.

alguna reliquia era asunto importante y para conseguirla no había que ahorrar ni esfuerzos ni dinero. De este tema, ya nos hemos manifestado y nos remitimos al mismo, que está con la suficiente amplitud (Junquera Rubio y Emperador Marcos, 2022).

El trasiego de restos óseos debió ser importante y muy numeroso. Los sepulcros abiertos en las Catacumbas fueron violentados porque se supuso que todos los que estaban allí depositados eran santos, pero algunos carecían de identificación; razón por la que se les aplicó más tarde una identidad que puede muy bien no corresponderse con la persona a la que se atribuyen. El *deseo* puede ser en ocasiones más peligroso que la realidad, que se busca para convertirla en *cierta*. Con posterioridad al Edicto de Milán, pero muy en la cercanía, se inició una circulación de restos atribuidos a los santos cuya trayectoria resulta imposible de rastrear en su totalidad. En el año 326, Santa Elena, madre del emperador Constantino, llegó a Jerusalén dispuesta a encontrar la Vera Cruz de Cristo y encontró una a la que se ha dado autenticidad y el historiador judeoromano Flavio Josefo se encargó de difundir el hallazgo en sus escritos (Flavio Josefo, 1997-1998).

De un contexto de intolerancia se pasó a otro que ya estaba favorecido; es decir, el hoy superó a lo que ayer era perseguido. Aconteció un giro de 180° y con él un cambio radical en lo que afectaba a los restos óseos o a los inmateriales atribuidos a un santo. La nueva situación favoreció que surgiera un cierto fanatismo debido al afán de poseer alguna reliquia auténtica o autenticada, pues los métodos de datación comenzaron pronto ante la situación creada. En el tema reliquias hay muchas que son puramente simbólicas y que pueden detectarse actualmente en estampas vendidas en santuarios de peregrinación, en las que algunas de ellas llevan un pequeño círculo en el que se detecta un trozo de textil del que se dice que ha estado en contacto con esta Virgen, con aquel Apóstol o con el santo patrono del lugar.

Al tiempo que comenzaron a circular reliquias surgieron abusos a la par; y, estos se detectaron por la autoridad y el emperador Teodosio II se vio obligado a promulgar una ley⁴ en el año 386 para frenar el tráfico, que se convirtió en un abuso consecuencia de la *devoción surgida*. El exceso y el engaño fueron descubiertos en el comercio inmediato, que surgió debido a la demanda social. La prohibición llegó una vez que se detectó fraude en los objetos comercializados; no obstante, las creencias domésticas obviaron la legislación y se instituyó una comercialización clandestina, que se fomentó e incrementó debido a la devoción de los seguidores (Daniélou y Marrou, 1982: 354).

La denominada *Ultima Cena* cuenta con muchas obras pintadas y distribuidas por museos, iglesias, conventos, etcétera. Tal como se narra en los evangelios, no se usó mesa de ninguna clase, sino que el mobiliario usado respondía a los que existían en los domicilios judíos. La primera consecuencia para pensar es que la celebración y conmemoración del sacrificio de Cristo no se pudo realizar, en un primer momento, sobre un altar; es más, la

⁴ El denominado Código Teodosiano se promulgó en el 386 a iniciativa del emperador Teodosio II. Responde a una recopilación de leyes publicadas en 16 libros (Bermejo Barrera, 2016: 11-40).

existencia de esta pieza es posiblemente del siglo IV, pero no antes. En las Catacumbas las celebraciones se hicieron como pudieron y en momentos de tranquilidad podría haberse empleado una mesa de madera, pero no de piedra.

Las tumbas de los mártires habían servido desde el siglo I para convertirlas en lugares de reunión y celebración, pero esos acontecimientos podían realizarse acudiendo a algún mueble ligero que permitiera el traslado con facilidad. Y nada mejor que la madera, que pesa menos que la piedra. Por lo general, debemos pensar que, cuando se documenta un acontecimiento en el que participan numerosos individuos, testimonia esa costumbre como propia de tiempos anteriores y no como novedad de ese momento. Eso sí, debemos pensar que cuando se detecta una tradición puede tener antecedentes históricos o no.

En este sentido es como debemos entender la introducción del vocablo católico, que aparece por primera vez hacia el año 115 d.C. y es debido a san Ignacio de Antioquía cuando este se dirige por carta a los esmirniotas⁵. El término se usa indistintamente para significar universal y creyente cristiano (Baslez, 2017: 72). Las asambleas “universales” concluían cuando los fieles se congregaban para celebrar la eucaristía, y poco más adelante estos acontecimientos van a requerir de un altar en piedra para consolidar las reuniones en un mismo lugar. En la parte central se instituirá el ara que será como el depósito de lo sagrado, ya que previamente se ha consagrado.

En poco tiempo se entendió y propagó que el ara debía contener el resto de algún santo o mártir. El origen parece ser, ya que no está claro aún, que está en una tradición previa respecto a que las asambleas eucarísticas se celebraban encima de la tumba de alguno de los testigos, para preservar el lugar de malos tratos. Las liturgias necesitaron de legislación canónica para mantener un cierto *statu quo* que evitara fraudes y abusos. En el III Concilio de Braga, celebrado en el año 675 se publicó un decreto en cuyo contenido se decía que el ara debía albergar los restos de un santo. Esta costumbre procedía del norte de África, de Cartago principalmente, y tardó siglos en hacerse efectiva, ya que fue necesario esperar hasta que concluyera el IV concilio de Letrán en el año 1215 para que se asumiera este mensaje y se adoptara universalmente (Álvarez de las Asturias, 2016).

Ya en la época tardorromana y altomedieval surgen santuarios, lugares de peregrinación, reliquias auténticas y falsas, reyes, abades y nobles que buscan con ardor conseguir alguna que les proteja. La religiosidad medieval va a tener un gran desarrollo en las peregrinaciones, que comenzarán a tomar cuerpo a partir del siglo IX. Tres lugares: Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela van a tener primacía sobre otras. La primera por ser la capital de la cristiandad, la segunda por ser el núcleo más importante de la vida terrena de Cristo y la tercera porque hasta allí vinieron a parar *los restos* de Santiago Apóstol. Sea verdad o mentira, la realidad es que la gente se movió y viajó hasta estos lugares con el objetivo de purificarse, no de hacer turismo como decimos ahora (Orlandis, 1986: 607-614).

⁵ Residentes en Esmirna.

Otra movilidad manifestada en ocasiones fue la propiciada por las Cruzadas, de las que Ángela Franco Mata da buena cuenta en otros y en este libro, así como del acopio de reliquias, expolios, abusos, arquitecturas, esculturas, etcétera, que ocurrieron con los desplazamientos de tropas de Occidente hacia Oriente. Constantinopla ejerció una enorme fascinación y las mentalidades de la Europa occidental de entonces desearon conocer de primera mano si las leyendas narradas eran realidades al alcance de la mano. Esta ciudad causó un enorme impacto cultural, ya que propició ponerse en contacto con zonas de Asia Menor a donde llegaban productos desconocidos y exóticos, pero muy deseados. Las caravanas que transitaban por la *Ruta de la Seda* gestionaban el comercio y el pertinente abastecimiento (Zaborov, 2016; Junquera Rubio, 2017; Franco Mata, 2024).

No es momento para detenerse en este detalle, pero la llegada del islam a territorios del actual Israel fue motivo para que la gestión política y religiosa tomara otro rumbo; es más, el fanatismo de la nueva religión afectó en todas las direcciones una vez que los ejércitos musulmanes lograron el control de la Ruta de la Seda en un tramo considerable: desde la actual Anatolia turca hasta Asia Central logrando además que los restos de los mongoles, en esas zonas, cambiaran de credo religioso, pasando de cristianos ortodoxos a seguidores de Mahoma, otorgando a los turcos un poder notable para gestionar y controlar territorios y sociedades (Junquera Rubio, 2017).

A principios del siglo XI, las rutas que facilitaban el viaje a Jerusalén cayeron en manos turcas; es más, la ciudad fue conquistada en el 1070 y el imperio bizantino entró en un contexto que no tenía retorno, ya que las posibilidades para hacer frente al nuevo enemigo eran nulas, razón por la que los emperadores solicitaron ayuda a los papas de Roma. Este apoyo llegó principalmente con las Cruzadas y las mismas estaban dirigidas por los reinos y monarcas que acudían en socorro, porque el Papa lo solicitaba y la fe en Cristo lo exigía (Runciman, 1980). Fueron siglos de tira y afloja, pero la realidad histórica es que los turcos lograron establecer un dominio en todo el Mediterráneo oriental, pues llegaron a controlar todo el litoral, desde la actual Bosnia hasta la desembocadura del río Kiss, que hace frontera actual entre Argelia y Marruecos (Junquera Rubio, 2025). A finales de la Baja Edad Media y principios de la Moderna, el reino de Castilla, que estaba en expansión, situó en las islas Chafarinas puestos de observación para controlar los movimientos de la escuadra turca, que campaba a sus anchas por el Mediterráneo hasta que ocurrió la batalla de Lepanto (Nolan, 2006; Kamen, 2014).

La cuarta cruzada fue penosa para Constantinopla, ya que los cruzados tomaron la ciudad aprovechando el momento. Lo que aconteció a continuación fue lamentable: saqueo, expolio, violaciones, y un largo etcétera de hechos nefastos que demostraron la incultura de muchos cruzados y cómo el desastre fue rentabilizado por unos pocos, los que estaban detrás del negocio de las reliquias. Fue tal el acopio de estas, que hasta se causó una inflación en Occidente, donde el comercio era más que rentable, pero la ley de la oferta y

la demanda gestionó el tema y lastimó seriamente la fascinación que el mundo tenía por esta ciudad, ya que se devaluó culturalmente. De todos estos hechos y de otros da buena cuenta Ángela Franco Mata y creemos que deben tenerse en cuenta en cuanto afecte a lo que ahora entendemos como significado del vocablo *patrimonio*.

El tema de las reliquias, que había nacido para dar respuesta a las necesidades espirituales domésticas, superó fronteras culturales y pasó a ser de dominio exclusivo de las grandes instituciones religiosas y de los monarcas. Se cerró el paso y el deseo de las familias, que para este aspecto quedaron marginadas del acceso salvo que pudieran contemplarlas si se enrolaban en alguna peregrinación al lugar en el que estuvieran depositadas. El abastecimiento fue de tal magnitud que los franceses construyeron una catedral gótica para albergar a un gran número de ellas, la Sainte Chapelle, situada en París y cercana al palacio real de entonces y de otros monumentos históricos notables de esa ciudad; es decir, en lo que se denomina Île de la Cité (Durand, 2001).

Llegó un momento histórico en el que el abuso fue tal que no hubo más remedio que ponerle freno. Este tiempo responde a siglos y durante ellos se consolidaron criterios culturales para tenerlas en propiedad y, evidentemente, para que se desplegaran también supersticiones (Leblic García, 1979: 19-23; Dos Santos Capelão, 2011: 105-118). El comercio de los restos corporales de los denominados mártires y santos ha generado un negocio similar al que hoy producen el armamento, la droga o la prostitución. A este dato económico debemos añadir que la superstición tiene muy bien amarradas sus raíces y no es fácil que se sequen a pesar del laicismo. Quien sea agnóstico para esto, contra lo que no tenemos nada, puede darse un paseo por los alrededores de la iglesia madrileña del Jesús de Medinaceli, o por cualquiera de las muchas y multitudinarias procesiones de la Semana Santa. Ni dudamos que acontezca folklore, pero enseñanza de patrimonio también.

Los emperadores de Constantinopla favorecieron el comercio de las reliquias porque del mismo recibían ingresos. Los de Roma no se quedaron atrás una vez que se superaron los impedimentos jurídicos, que prohibían tocar los cadáveres y menos trocearlos. Se superó toda traba; es más, las gentes llegaron a la conclusión de que esos trozos, verdaderos o no, disponían de unos poderes sobrenaturales que era necesario intentar controlar. Esta especie de “locura colectiva” obligará también a establecer normas para acabar con ella. No parece que fuera fácil, ya que desde el principio grandes jerarcas de la iglesia procuraron acopiarse de las más posibles para tenerlas en sus templos y que pudieran ser admiradas por sus feligreses. Razón por la que apoyaban los traslados (Junquera Rubio y Emperador Marcos, 2022).

La evangelización del norte de Europa incrementó notablemente la demanda de reliquias, ya que las nuevas iglesias debían albergar a alguna de ellas para adoctrinar a los nuevos súbditos. Algunos líderes nativos, convertidos al catolicismo, son protagonistas de leyendas que se hilvanaron pronto. Este es el caso de Olaf I de Noruega, cuyas fechas de

reinado no están claras, ya que hay autores que interpretan el relato de las Sagas señalando que nace en el 964 y otros apuntan al 969. Su muerte real pudo ocurrir librando una batalla naval contra los daneses en torno al año 1000 y este hecho tiene seguidores en dos amplios abanicos: 1) que se caería al agua y consecuencia del peso de las armaduras se hundiría en el océano; 2) que, ante el peligro, se tiraría al mar y que por un pasadizo secreto llegaría a la ciudad de Jerusalén, ya que su deseo era llegar a esa urbe para encontrarse con Cristo (Sturson, 1992; Junquera Rubio, 2019). No sabemos cómo ocurrió, pero tal como nos dicen nos quedamos con la primera opción.

El caso es que el avance del cristianismo por el Báltico y el Atlántico norte solicitó reliquias. Entre las más apetecidas se encontraba la Vera Cruz descubierta por Santa Elena y la misma fue despiezada⁶ y los fragmentos fueron repartidos con criterios de universalidad (Olague-Feliú, 2003). La demanda hacía crecer el comercio y el negocio; por esta razón, debían lograrse nuevos hallazgos y para ello era necesario encontrar tumbas de héroes conocidos por sus hazañas en favor de la iglesia.

Y la verdad, hay que reconocerlo, los *listillos* del momento supieron hacerlo ya que aparecieron tumbas ya no solo de apóstoles de Jesucristo sino de profetas del Viejo Testamento, de personas que aparecían en la Biblia, etcétera. El negocio es el negocio y parece que el dinero obra milagros. Por otro lado, los monarcas entraron en el tráfico de reliquias y en el beneficio que producían. Carlomagno y sus seguidores proporcionaron un buen número de restos procedentes de Italia y España y se entregaban como auténticos, otra cosa es que lo fueran.

A pesar de que este aspecto duró siglos, la verdad es que de él y a las personas piadosas no llegó ningún fragmento de nada ni de nadie. Las autoridades religiosas y civiles acopiaban todo. Y llegó el cambio de la forma menos esperada. A finales del siglo XV y principios del XVI comienza a fraguarse la Reforma en primer lugar bajo Lutero, pero tendrá otros seguidores de inmediato: Calvino, Ecolampadio, etcétera, que dirán que las reliquias son negativas para la fe cristiana ya que forman parte de la superchería, la brujería, el error, etcétera. Estos aspectos son tratados por los tres autores en este libro de una u otra forma.

Con anterioridad a la Reforma, el tema reliquias estaba consolidado, lo que no quita que hubiera fraudes, abusos, falsedades y otras lindezas por el estilo. Teniendo esto en cuenta, debemos considerar otro detalle y es que en plena Edad Media aparecen las Órdenes y Congregaciones Mendicantes (franciscanos en tres variantes, predicadores o dominicos, y otros).

Los obispos vieron en estas instituciones religiosas enemigos en potencia ya que sus prédicas orientaban hacia la Iglesia Primitiva, por lo que la actual del momento debía considerarse como superada. Esto traerá sus más y sus menos, pero varios de estos frailes ad-

⁶ Es de sospechar que, si pudiéramos unificar todos esos trocitos, con certeza que se podría elaborar una cruz bastante mayor que la original.

quirirán fama y uno de ellos se convertirá, durante siglos, en paladín de la teología: Tomás de Aquino. Luego jerarquía y mendicantes entrarán en conflicto en más de una ocasión, pero el dominico estará ya presente con sus doctrinas en los diferentes concilios; es más, los hermanos posteriores, en aquel momento mayoritariamente españoles, llevaron la voz cantante en el concilio de Trento, convocado para frenar la reforma luterana e implantar una contrarreforma en los países católicos. Más recientemente volvieron a estar muy presentes en el concilio Vaticano II, donde destacaron franceses como Congar y Chenu y flamencos como Schillebeeckx, etcétera (Madriral Terrazas, 2016). Este aporte cuenta con una muy larga y excelente reseña (Franco Mata 2018: 457-476).

Reforma y Contrarreforma aportan cambios y nuevas directrices. Las reliquias, tesoros destinados a los eclesiásticos y a nobles y reyes, comenzarán a circular hacia las clases populares y a devociones locales. Si se quiere, acontece no solo un cambio de rumbo sino de identidad, ya que unos se identificarán con Lutero u otros reformados, y otros lo harán con las decisiones del concilio de Trento y del arte barroco inmediato. En este sentido, el capítulo debido a Letizia Arbeteta Mira ofrece una trayectoria muy bien definida y algo parecido ocurre con el de Carlos Junquera Rubio.

Los relicarios adquieren orientaciones populares entre los siglos XVI y XVIII y lo van a hacer imitando los usos de las monarquías; es decir, las reliquias deben servir como “guardianes” de quienes las portan y lucen. Azabaches, corales, latones y otros elementos serán usados buscando satisfacer las demandas que vayan surgiendo por iniciativa del clero local, que orientará a sus fieles por ese trayecto, pero sin obviar que los propios feligreses decidan por sí hacer propuestas y demandas, como ocurre con el ejemplo de la collarada de Veguellina de Órbigo, fechada en 1793.

No se trata solo de plantear cómo se ha llegado hasta el relicario a lo largo de la historia. Está ahí y sigue estando en colecciones de museos y en particulares, pero lo importante del mismo no reside en su valor material, mayor o menor, pues esto depende de lo que se pueda invertir en él, sino en el significado que tuvo para el primer propietario como objeto de apoyo para entrar en contacto con la divinidad. Hay en esto una especie de complejo o deseo de lo que suele entender mal de bronceomanía; es decir, la del individuo presuntuoso que cuando sale cada mañana de su casa a la plaza en la que esta el solar de esta, lo primero que desea ver es su estatua en bronce encima de un enorme pedestal. Se está admirando y nunca podrá hacerlo con los mismos ojos que sus vecinos, pues estará un peldaño por encima.

Precisamente, esta clase de discursos fueron los que propiciaron los de la Contrarreforma. Ante el hecho de que Juan Calvino fustigara con ardor las devociones a las reliquias, los padres conciliares de Trento propondrán como contrapartida que estas sean reverenciadas dentro y fuera de los ámbitos domésticos. Es más, en el desarrollo de las sesiones para decidir sobre doctrina, la XXV que se desarrolló en 1563 sugiere con claridad que

los obispos son los encargados y primeros responsables de que sus fieles se orienten hacia devociones que exalten a los restos corpóreos de los santos: *“Manda el santo Concilio a todos los Obispos, y demás personas que tienen el cargo y obligación de enseñar, que instruyan con exactitud a los fieles ante todas cosas, sobre la intercesión e invocación de los santos, honor de las reliquias, y uso legítimo de las imágenes, según la costumbre de la Iglesia Católica y Apostólica, recibida desde los tiempos primitivos de la religión cristiana, y según el consentimiento de los santos Padres, y los decretos de los sagrados concilios; enseñándoles que los santos que reinan juntamente con Cristo, ruegan a Dios por los hombres; que es bueno y útil invocarlos humildemente, y recurrir a sus oraciones, intercesión y auxilio para alcanzar de Dios los beneficios por Jesucristo su hijo, nuestro Señor, que es el único redentor y salvador nuestro; y que piensan impiamente los que niegan que se deben invocar los santos que gozan en el cielo de eterna felicidad; o los que afirman que los santos no ruegan por los hombres; o que es idolatría invocarlos, para que rueguen por nosotros, aun por cada uno en particular; o que repugna a la palabra de Dios, y se opone al honor de Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres; o que es necedad suplicar verbal o mentalmente a los que reinan en el cielo”*.

Y a renglón seguido añade el mismo documento: *“Instruyan también a los fieles en que deben venerar los santos cuerpos de los santos mártires, y de otros que viven con Cristo, que fueron miembros vivos del mismo Cristo, y templos del Espíritu Santo, por quien han de resucitar a la vida eterna para ser glorificados, y por los cuales concede Dios muchos beneficios a los hombres; de suerte que deben ser absolutamente condenados, como antiquísimamente los condenó, y ahora también los condena la Iglesia, los que afirman que no se deben honrar, ni venerar las reliquias de los santos; o que es en vano la adoración que estas y otros monumentos sagrados reciben de los fieles; y que son inútiles las frecuentes visitas a las capillas dedicadas a los santos con el fin de alcanzar su socorro. Además de esto, declara que se deben tener y conservar, principalmente en los templos, las imágenes de Cristo, de la Virgen madre de Dios, y de otros santos, y que se les debe dar el correspondiente honor y veneración: no porque se crea que hay en ellas divinidad, o virtud alguna por la que merezcan el culto, o que se les deba pedir alguna cosa, o que se haya de poner la confianza en las imágenes, como hacían en otros tiempos los gentiles, que colocaban su esperanza en los ídolos; sino porque el honor que se da a las imágenes, se refiere a los originales representados en ellas; de suerte, que adoremos a Cristo por medio de las imágenes que besamos, y en cuya presencia nos descubrimos y arrodillamos; y veneremos a los santos, cuya semejanza tienen: todo lo cual es lo que se halla establecido en los decretos de los concilios, y en especial en los del segundo Niceno contra los impugnadores de las imágenes”*.

La influencia del concilio de Trento fue enorme para lo que aquí estamos tratando. De suyo, los padres conciliares que actuaron en la redacción del documento tenían cerca y claro que lo que estaba en juego no era ser protestante o católico; más bien lo que debía dilucidarse eran dos modos de alcanzar la santidad en este mundo para disfrutar la gloria en el otro. Ni reformados ni contrarreformados renunciaban a nada, simplemente propo-

nían rutas a seguir para santificarse (Alberigo, 1990, 2005; Jedin, 2003; Prosperi, 2008). Y aquí entró de lleno el ejemplo, que unas veces arrastra y otras repele. Ni Lutero ni Calvino fueron los primeros en criticar la devoción a las reliquias de los santos.

John Wyclif, un clérigo inglés que vivió entre 1320 y 1384 y se desempeñó como profesor en Oxford, repudiaba a la jerarquía eclesiástica y a la tradición. Consideraba que solo la Biblia merecía la pena, ya que solo el libro sagrado era la fuente en la que se debía beber y en ninguna otra tradición (García Villoslada y Llorca, 1967, III: 270-275). Por otro lado, cuando cita la santidad defiende que solo Cristo puede tener esa calidad, por lo que valorar a otros individuos con ese baremo era caer en la idolatría y cualquier canonización estaba deslegitimada (Benvenutti, 2015: 311). En cuanto a las imágenes y a las reliquias entiende que los templos deben estar decorados con cruces y tallas sencillas evitando el barroquismo.

Jan Hus, sacerdote bohemio y muy influenciado por Wyclif, mantuvo posturas que fueron consideradas heréticas y contrarias a las oficiales. Fue condenado en el concilio de Constanza y ejecutado en 1415 (García Villoslada y Llorca, 1967, III: 283-293). Con respecto a imágenes y reliquias, Jan Hus no mostro demasiada radicalidad, más bien se mantuvo en una crítica liviana. Los odios a las imágenes fueron claras y manifiestas en sus seguidores, pero tal como se desarrolló todo el proceso estamos más inclinados a pensar que los ataques a los santos y a sus reliquias procedía más del rechazo hacia la iglesia oficial y su forma de actuar, que de criterios teológicos (Eire, 1996: 23-24).

Erasmus de Rotterdam plasma un ejemplo de humanista que supo manejar con cordura la filosofía y la teología en su momento. La denominada *Devotio Moderna* había tenido mucha influencia en la formación académica de Erasmo. Era una corriente religiosa gestada en los Países Bajos en el siglo XIV y que preparó el nacimiento de dos congregaciones religiosas: 1) los Hermanos de la Vida Común y 2) los Canónigos regulares agustinianos de Windesheim. Erasmo se formó con los primeros, pero durante un tiempo militó en los segundos de cuya espiritualidad se sentía deudor, pues esta estaba asentada en tres pilares: oración mental, rigorismo moral y vivir una vida sencilla como la de Jesucristo, razón por la que el modelo propuesto por Tomás Kempis en la *Imitación de Cristo* le resultaba agradable. Las nuevas propuestas orientaban hacia caminos ajenos a la devoción tradicional (García Villoslada y Llorca, 1967, III: 750-770). Hay que pensar también que tuvo otras influencias, ya que había pasado por las universidades de París y Oxford; incluso más tarde residió en Italia varios años. Posiblemente, la residencia prolongada en Italia sea el motivo para que se convirtiera en admirador del universo grecorromano, amén de mostrar una preocupación constante por el conocimiento del texto original bíblico y su rechazo a la escolástica (Furey, 2006; Monterde García, 2015: 449-474).

Queremos señalar que en la historia de la iglesia hubo pensadores previos a Lutero y resto de reformados y que las cosas acontecen cuando encuentran ambiente para ello. La

idea en solitario muere. La idea de santidad de Martín Lutero solo requiere dos anclajes: 1) *Sola Scriptura* (sólo la Biblia es fuente de fe, por lo que debe excluirse al binomio patrística y tradición); 2) *Sola Fide* es decir, el hombre solo requiere de la fe para salvarse; en consecuencia, el individuo está a merced de la misericordia divina (Delumeau, 1983: 40-45).

En resumen, frente al rechazo luterano y la acometida calvinista, la iglesia católica en Trento instrumentalizó el culto a los santos. Los conciliares aparcaron la visión crítica e intelectual propuesta por el humanismo y la jerarquía meditó sobre las expresiones de devoción popular considerándolas necesarias, pero que al mismo tiempo debían ser controladas con disciplina para lo que se requería disponer de doctrina jurídica (Gotor, 2004: 26). Posiblemente, la tradición de venerar a los santos, tener devoción a sus imágenes y disponer de sus reliquias no fueron argumentos suficientes para producir una ruptura en una iglesia, que adolecía de solidez en ciertos bloques, pero de lo que no tenemos duda es que se estableció una diferenciación que consolidó la separación entre las iglesias y que es realidad en vigor aún (Sallman, 1996: 122).

Teniendo en cuenta que este libro trata de reliquias y relicarios, que son dos temas abundantes en la historia de la humanidad, no solo en la vida cotidiana de los diferentes credos religiosos, lo que conviene para rematar esta introducción es cómo se producen en cuanto que son objetos materiales por un lado, pero que esa materialización no impide que lleven una serie de peculiaridades políticas, económicas y sociales, que se exponen a la luz del día, ya que de los mismos se hace gala de muchas formas y maneras por parte de quienes los poseen por la sencilla razón de que tienen un valor natural, material, histórico⁷, etcétera.

Reliquias y relicarios responden, en el ambiente católico, a un patrimonio con una larga historia en la que los restos óseos de ciertos personajes, considerados mártires o santos, mantienen, a pesar del paso del tiempo, una plusvalía cultural, religiosa y económica, amén de política. Esta posición la alcanzan porque sobre ellos se tejen leyendas que magnifican los hechos de ese individuo como propios de los superhéroes; es decir, están por encima de lo común, razón por la que deben ser considerados con veneración. Esos conjuntos de restos corpóreos y materiales se incrementan con textiles que han estado en contacto con el venerado ya que en ese concepto se incluirán todos aquellos objetos que hayan podido tener relación con el así *considerado*. Es decir, aquí se encuentra el motivo por el que se construye culturalmente un resto o un objeto al que concedemos un valor superior y lo denominamos *reliquia* y el envoltorio que la contine *relicario*.

⁷ Un ejemplo sencillo: la perla denominada Peregrina perteneció a la corona española desde el tiempo de los Austrias. Fue sustraída por José Bonaparte y enviada a París como regalo para su mujer. Cuando se rompió el matrimonio, él emigró a los Estados Unidos y allí la vendió. Llegó un momento en que se subastó y fue adquirida por Richard Burton para regalarla a Liz Taylor. España se presentó en aquella subasta, pero no había dinero suficiente para adquirirla. El argumento esgrimido fue decir que Alfonso XIII encargó a su amigo, el duque de Alba, que sacara otra de la chistera, más pequeña, a la que denominaron Pelegrina para indicar con ello que la adquirida por Burton no era la auténtica (Posadas, 2020).

Las reliquias cuentan con una larga historia y no parece que tengan mala prensa a pesar de la secularización social y del denominado laicismo. César Rina, profesor de historia contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, expresaba a mediados de abril de 2025 ante la prensa, contemplando el esplendor de las muchas celebraciones en España de la Semana Santa, lo siguiente: “*cuando murió Franco, muchos temieron el final de la Semana Santa sin la protección providencial de el Caudillo*” (La Vanguardia, 16/04/2025). El dictador murió, pero las cofradías siguen vivas y no parece que pronto les afecte alguna gripe maligna.

Por norma general, los críticos con la religión suelen apoyarse en un dicho atribuido a Marx: “la religión es el opio del pueblo”, pero esa opinión no la expresó el filósofo alemán para criticar a ninguna religión, sino que está en un contexto más amplio para censurar a su maestro, Hegel. La opinión completa apareció en 1844 bajo el título *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie, Einleitung*⁸ en un conjunto de escritos (Marx, 1844: 348). En este caso la frase original es esta: “*Die Religion ist der Seufzer der edrängten Kreatur, das Gemüt einer herzlosen Welt, wie sie der Geist geistloser Zustände ist. Sie ist das Opium des Volkes*”⁹.

Para quienes opinen que las reliquias deben captarse en negativo, les proponemos para cotejar lo que acontece en una *procesión laica* y que ocurre todos los días del año en la plaza Roja de Moscú, en la que he participado como turista y curioso. Desde la esquina occidental se forma un colectivo amplio, que en el mejor de los casos puede alcanzar a unas 500 personas, que se desplazarán hasta el mausoleo de Lenin en la misma acera y como muestra de los honores diarios que el comunismo rinde a sus héroes. A la cabeza de este conjunto van militares retirados y uniformados cuyas guerreras se quedan pequeñas para contener el número de medallas que lucen, testimonio de que han sido buenos *camaradas*. No deja de ser una incongruencia para la doctrina oficial, pero la fidelidad está por encima del criterio.

En consecuencia, con lo dicho, analizamos los términos *reliquia* y *relicario* en un nivel práctico y devocional, pero sin obviar el teórico y científico. Aunque los que examinamos son producto de la cosificación, de la inversión económica y de la elaboración social y cultural, resulta que en cuanto a objetos tienen una dimensión propia, hasta el punto de que actúan en la realidad, no solo en la considerada religiosa modelándola y modificándola. No olvidemos que el ámbito de lo sagrado es muy amplio y que resulta imposible de medir, ya que cuenta con autonomía como ya dejara bien plasmado Rudolf Otto (1917). En este contexto, resulta apropiado investigar la significación concreta que las formas sacralizadas y qué dimensiones pueden asumir en la dinámica de las relaciones sociales.

Proponer una distinción entre lo inmaterial y lo material, entre lo sobrehumano y lo humano, en ámbitos de lo sagrado y de lo profano, no parece que sea un proyecto que

⁸ Crítica de la filosofía del estado según Hegel.

⁹ La religión es el llanto del individuo oprimido, es el significado real del mundo sin corazón, así como es el espíritu de una época que carece de espíritu. Es el opio del pueblo.

explique en profundidad el signo y el significado de las reliquias y de los relicarios. Lo que deseamos es dejar a un lado la noción de lo sagrado, ya que resulta indeterminada e ilusoria; es decir, debemos considerar la perspectiva que sobre todos los objetos con plusvalía y que por diversas razones se reúnen, se depositan y se destinan a colecciones en museos o en las mismas, pero privadas.

Este paso nos permite explorar, más allá del marco religioso, la entidad de un estatuto de objeto específico, porque eso son las reliquias y los relicarios, ante las dinámicas socioeconómicas. Creemos que es necesario colocarse en dos perspectivas distintas, diferenciando el momento en que se le atribuye un *poder*, ya que a partir de ese momento se transforma en algo muy diferente, ya que será, a raíz de esa valoración cuando, en la práctica, deja de ser un objeto cosificado en cuanto que pasa a ser funcional y se utilizará tanto en contextos religiosos como laicos resultando que en pocos segundos cambia de cara. Las collaradas han tenido, creemos que lo siguen teniendo, una expresión religiosa en cuanto que los relicarios que la conforman lo son, pero también muestran el patrimonio económico de quien lo luce.

Este enfoque nos facilita percibir mejor las dinámicas políticas, las que están activas, por una parte, en el entorno religioso, ya sea eclesiástico y claustral en el momento de la creación del objeto como reliquia y, por otra parte, las que están actuando en los circuitos laicos mientras que se difunde el producto.

Creemos haber dejado claro el camino que debe recorrerse para ir de un resto corpóreo a tenerlo como reliquia, así como se ha generado ese proyecto. A partir de una etnografía participativa, realizada desde el contexto de colectivos religiosos, analizamos restos de cuerpos humanos considerados santos y de objetos materiales a los que supuestamente damos el valor de haber tenido contacto con el héroe idolatrado. Los vivientes nos prendamos de ciertos muertos que son ejemplo y guía para nuestras vidas; al menos esto pensamos.

En el contexto europeo, con posterioridad al año 313, y dentro de los contornos del cristianismo, los restos humanos han sido atesorados por curias catedralicias, obispos, órdenes religiosas, conventos, etcétera. Salvaguardar los restos de alguien a quien se idolatra simboliza un intento, por parte del colectivo conservador, para identificarse con un ideal específico de comportamiento, que confiesa como significado positivo y que desea estandarizar a toda la sociedad. San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola, no solo fueron santos fundadores y son notables por los seguidores que tienen a lo largo de los tiempos.

En consecuencia, sus restos y aureolas no son objetos particulares, a los que se les reconoce una fuerza sobrehumana no medible pero que, si se canaliza y se utiliza de forma precisa, cuenta con capacidad para intervenir en la vida humana de otros o en los diversos contextos de la vida cotidiana. Para los protagonistas sociales involucrados, los restos son considerados reliquias, pero, de hecho, no son útiles en las prácticas devocionales oficiales.

Previamente deberán recibir un tratamiento concreto en conventos de clausura femeninos y especializados. Los relicarios que circulan de los mártires de Daimiel, que son de hechura reciente, han salido de esos claustros.

Percibir el valor de un relicario requiere enmarcarlo en un proceso de transformación que involucra material corporal que se convierte en una herramienta de uso común; es más, desde que está disponible se transforma en un objeto sofisticado, que enseña simbología porque está dotado de un atributo muy significativo para quien lo posee; es más, desde que entra en los circuitos sociales es susceptible de ser empleado en prácticas de culto, un proceso descuidado por la historiografía y por el análisis etnoantropológico que implica.

La producción y reproducción de la reliquia y del relicario se realiza sobre el material a usar, pero requiere intervención de especialistas cualificados: plateros, orfebres y monjas de clausura, por un lado, y materiales nobles a modificar por otro. Cada uno de ellos tiene su especialidad que no es del caso repetir más. La práctica de reproducir lo sagrado tiene como misión superar los principios de rareza y singularidad de la reliquia y del relicario. Por último señalar que este libro se orienta principalmente a estudiosos y alumnos de los muchos másteres que se imparten ahora en las universidades españolas en las que el patrimonio se ha puesto de moda y afortunadamente.

Bibliografía citada

- Alberigo, G. (1990). *La storia dei concili ecumenici*. Brescia: Queriniana.
- (2005). *Breve historia del Concilio Vaticano II (1959-1965). En busca de la renovación del cristianismo*. Salamanca: Sígueme.
- Álvarez Cineira, D. (2018). “¿Murió Pedro en Roma?”, *Estudio Agustiniano*, 53(3): 615-645.
- Álvarez de Asturias, N. (2016). *El IV Concilio de Letrán en perspectiva histórico-teológica*. Madrid: Universidad San Dámaso.
- Aulón de Haro, P., y E. Crespo (eds), *La idea de lo clásico*. Madrid: Instituto Juan Andrés.
- Baslez, M-F. (2017). “Comment l’Eglise est devenue catholique”, *L’Histoire*, 431: 72-77.
- Benvenuti, A. (2015). “Santità e agiografia”, en M. Benedetti, *Storia del cristianesimo*. II. *L’età medievale (secoli VIII-XV)*. Roma: Carocci.
- Bermejo Barrera, J. C. (2016). “Crónicas, reliquias, piedras legendarias y coronaciones en la Edad Media” *Cuadernos de Historia del Derecho*, 23: 11-40.
- Cárcel Ortí, V. (2001). *Persecuciones religiosas y mártires del siglo XX*. Madrid: Palabra.
- Daniélou, J., y H. I. Marrou (1982). *Desde los orígenes hasta San Gregorio Magno, Nueva Historia de la Iglesia*. Madrid: Cristiandad.
- De Isaga, J. (1998). *Historia de la Iglesia*, 1. Madrid: Acento.
- Delumeau, J. (1988). *El caso Lutero*. Barcelona: Caralt.

- Dos Santos Capelão, R. M^a. (2011). “Lo racional en el culto a las reliquias: la función taumatúrgica. La necesidad de creer”, *Historia. Revista da Faculdade de Letras*, 1(1): 105-118.
- Durant, J. (2001). *Le trésor de la Sainte Chapelle*. Paris: Réunion des musées nationaux.
- Eire, C. M. N. (1996). *War against the Idols. The Reformation of Worship from Erasmus to Calvin*. New York: Cambridge University Press.
- Eusebio de Cesarea (2008). *Historia de la Iglesia*. Michigan: Portavoz.
- Flavio Josefo (1997). *La guerra de los judíos*, vol. 1-2. Madrid: Gredos.
- Franco Mata, A. (2013). “Fascinación de Occidente por Bizancio en las artes santuarias de los siglos XI y XII: iconografía y liturgia”, en F. López Alsina, H. Monteagudo Romero, R. Villares Paz y R. Yzquierdo Perrin, *O século de Xelmirez*. Santiago de Compostela: Consello de Cultura galega: 151-206.
- (2018). “Santiago Madrigal Terrazas, *Protagonistas del Vaticano II. Galería de retratos y episodios conciliares*, BAC, Madrid, 2016, 714 páginas”, *Compostellanum*, 64(1-2): 457-476.
- (2024). *Vida e imágenes del arte gótico hispano en el marco europeo*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- Furey, C. (2006). *Erasmus, Contarini, and the Religious Republic of Letters*. New York: Cambridge University Press.
- García Villoslada, R., y B. Llorca (1967). *Historia de la Iglesia Católica*. III. *Edad Nueva: La Iglesia en la época del Renacimiento y de la Reforma Católica*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gotor, M. (2004). *Chiesa e santità nell'Italia moderna*. Bari: Laterza.
- Harari, Y. N. (2016). *Sapiens: A brief History of Humankind*. New York: Harper.
- Jedin, H. (1981). *Historia del Concilio de Trento*, 5 vols. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Junquera Rubio, C. (2017). *Siberia: descubrimiento, conquista y civilización*. Pamplona: Eunate.
- (2019). *Canadá. A Mari Usque Ad Mare*. Pamplona: Eunate.
- (2025). “Three Historical Impacts Caused by Islamic Violence in the Sahel”, *Open Journal Political Science*, vol 15(3): 1-43.
- Junquera Rubio, C., y F. J. Emperador Marcos (2022). *Indumentaria tradicional leonesa. El traje de Veguellina de Órbigo*. León: Lobo Sapiens.
- Kamen. H. (2014). *Spain, 1469-1714: A Society of Conflict*. London: Routledge.
- Krautheimer, R. (1986). *Early Christian and Byzantine Architecture*. New Haven: Yale University Press.
- Leblic García, V. (1979). “Supersticiones y reliquias”, *Los Montes de Toledo*, 7: 19-23.
- Lietava, J. (1992). “Medicinal plants in a Middle Paleolithic grave Shanidar IV?” *Journal of Ethnopharmacology*, 35(3): 263-266.
- Madrigal Terrazas, S. (2016). *Protagonistas del Vaticano II. Galería de retratos y episodios conciliares*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Maraval, P. (1985). *Lieux saints et pèlerinages d'Orient: l'histoire et géographie des origins à la conquête arabe*. Paris: du Cerf.
- Marx, K. (1844). *Zur Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie, Einleitung*. Berlin: Dietz.

- Monterde García, J. C. (2015). "Apunte sobre escolástica medieval y humanismo: el proceso de Valladolid en una epístola de Juan Luis Vives a Erasmo de Rotterdam (1527)", *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo 85: 449-474.
- Nolan, C. (2006). "The Age of Wars of Religion, 1000-1650", *Encyclopedia of Global Warfare and Civilization*, vol. 2. New York: Greenwood Publishing.
- Olague-Feliú, F. (2003). *El arte románico español*. Bilbao: Encuentro.
- Orlandis, J. (1986). "Las peregrinaciones en la religiosidad medieval", *Príncipe de Viana. Anejo*, 2-3: 607-614.
- Otto, R. (1917). *Das Heilige*. München: C. H. Beck.
- Padres Apostólicos, II (2004). *Cartas de San Ignacio de Antioquía. Carta y martirio de San Policarpo. Epístola a Diogneto*. Sevilla: Apostolado Mariano.
- Platón (2003). *Obras Completas*. Madrid: Gredos.
- Posadas, C. (2020). *La leyenda de la Peregrina*. Madrid: Espasa.
- Prosperi, A. (2008). *El concilio de Trento. Una introducción histórica*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Sallman, J. M. (1976). *Santi barocchi. Modelli di santità, pratiche devozionali e comportamenti religiosi nel regno di Napoli dal 1540 al 1750*. Lecce: Argo.
- Shaw, B. D. (2015). "The Myth of the Neronian Persecution", *Journal of Roman Studies*, 105: 77-100.
- Solecki, R. (1954). "Shanidar Cave: A Paleolithic Site in Northern Iraq." *Annual Report of the Smithsonian Institution*: 389-425.
- (1971). *Shanidar, the First Flower People*. New York: Knopf.
- Sturluson, S. (1992). *Heimskringla: History of the King of Norway*. Austin: University of Texas Press.
- Vauchez, A. (1981). *La sainteté en Occident aux derniers siècles du moyen age*. Paris: École Française de Rome.
- Veyne, P. (2008). *El sueño de Constantino. El fin del Imperio pagano y el nacimiento del mundo cristiano*. Barcelona: Paidós.
- Zaborov, M. (2016). *Historia de las cruzadas*. Madrid: Akal.

CAPÍTULO 1.-

LA FASCINACIÓN DE OCCIDENTE POR EL IMPERIO BIZANTINO Y LOS SANTOS LUGARES EN EL MARCO DE LAS RELIQUIAS

Ángela Franco Mata. Madrid.

Introducción

El relicario es el recipiente que custodia o en el que se expone una o más reliquias, es decir, lo que resta de los santos, sea el cuerpo entero o una de sus partes reliquias primarias-, así como objetos relacionados con su vida, su obra o su martirio, si se trata de un mártir –reliquias secundarias-. La Iglesia unió muy pronto el culto de las reliquias con la celebración eucarística al celebrar ésta sobre la tumba de los mártires; ese altar se llamó *memoria*, *martyrium* y *confessio*. Las primeras basílicas se construyeron directamente sobre las criptas que contenían los cuerpos santos. El V Concilio de Cartago decretó que ninguna iglesia podía ser dedicada sin que hubiera algunas reliquias debajo del altar. Una tradición piadosa atestiguada en la literatura, no antes de fines del siglo IV, que santa Elena (+ hacia 326), fue la afortunada descubridora de la madera de la cruz. Cualquiera que sea el fondo histórico, la leyenda conoció una inmensa fortuna hasta convertirse en una de las narraciones edificantes más populares de la Edad Media¹. Así, a comienzos del siglo XII en el ámbito de los canónigos regulares del Santo Sepulcro en Jerusalén se creía que a la madre de Constantino habría que atribuir también un primer desmembramiento de la Vera Cruz en dos partes iguales: una de ellas sería enviada por la emperatriz al hijo a Constantinopla, y la otra permanecería en Jerusalén. En 1099, año de la efectiva o presunta nueva *inventio crucis* transmitida por las crónicas de las cruzadas, un importante fragmento de la reliquia

¹ Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie, 3, 2, París, 1914, pp. 3131-3139; Frolov, Anatole, La relique de la Vraie Croix. Recherches sur le développement d'un culte, París, Institut d'Études Byzantines, 1961, pp. 55-57; Sáez, Carlos, López, Teodoro y Martín, Ángel, Peregrinación a Tierra Santa, Madrid, ed. Manuel Celada García, 2000, p. 236-241.

era custodiado en la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén², después de que durante más de cuatro siglos la ciudad santa hubiera permanecido olvidada, mientras Constantinopla había representado para la cristiandad el principal centro de difusión del culto de la Vera Cruz³. En 1218, cuando Jacques de Vitry vio la venerada reliquia, se encontraba con los canónigos del Santo Sepulcro, pero no en Jerusalén, entonces en manos musulmanas, sino en San Juan de Acre. Parece, sin embargo, no se trataba más que de una parte del originario fragmento de Jerusalén: alguno de los Canónigos, presagiando los infaustos eventos del verano de 1187, había procedido a tomar una astilla del cuerpo principal de la reliquia y ponerla en lugar seguro. A comienzos de julio el sultán de Egipto y Siria, el peligroso Saladino, sustrajo la Vera Cruz a los cristianos, después de haber infligido el catastrófico desastre de Hattin, junto a Tiberíades, que precedió a la capitulación de la ciudad santa y la caída del primer reino latino de Jerusalén⁴. Los árabes tenían muy mala opinión de los cristianos, y eso se apreciaba en el transcurso de las Cruzadas, y evidentemente los cruzados les pagan con la misma moneda⁵.

La procedencia de las reliquias auténticas de la cruz era doble y, cuando no aprovechaba la reserva lúnea del Santo Sepulcro u otras fundaciones religiosas de Jerusalén, era posible suministrarla en Constantinopla. El fragmento más grande de Constantinopla, por efecto de los sucesivos depauperamientos, debía haber suministrado más con el tráfico de las *exuviae sacrae*, especialmente después del saqueo de 1204.

El descubrimiento de la Vera Cruz por Santa Elena, madre del emperador Constantino, significó el inicio del culto a las reliquias, que poseen un valor superior a los relicarios, aunque estén realizados en materiales nobles, como oro y plata y piedras preciosas y tejidos, los cuales son buenos si se hallan inscritos en el registro espiritual. Multitud de fragmentos –ironizados por Voltaire y muchos otros– fueron colocados en relicarios de variada estructura, como tendremos ocasión de verificar.

Los objetos que han estado en contacto directo con Jesús han sido clasificados, siguiendo la propuesta para los santos, como reliquias “corporales”. Reliquias “reales” son las de los objetos e indumentaria que han estado en contacto con él en vida, testimonio del culto religioso. En tercer lugar, las reliquias “representativas” son las que han estado en contacto

² PL (Patrología Latina), 155, 1116; Ib., 162, 729-732; Bautier, Geneviève, “L’envoi de la relique de la Vraie Croix a Notre-Dame de Paris en 1120”, Bibliothèque de l’École des chartes, 129, 1971, pp. 387-97; Ambrosi, Angelo, Architettura dei crociati in Puglia. Il Santo Sepolcro di Barletta, Bari, 1976; Frolow, La relique de la Vraie Croix..., cit. pp. 64-67, 73.

³ Frolow, La relique de la Vraie Croix..., cit. p. pp. 64-67, 73, 80.

⁴ Tommasi, Francesco, «I Templari e il culto delle reliquie», I Templari: mito e storia, Atti del Convegno internazionale di Studi alla Magione Templaria di Poggibonsi, Siena, 29-31 maggio, 1987, Vitti-Ricucci, Sinalunga-Siena, pp. 191-210, sobre todo p. 195. Agradezco la donación y envío del volumen al padre Antonio Gascón.

⁵ Maaliyfm Amin, Las cruzadas vistas por los árabes (1989), Madrid, Alianza Editorial, 2009.

físico después de la muerte, que conforman una gran importancia para la *pietas* de los fieles. En este grupo es inscribible el *volto* de Cristo⁶.

1.1. Los centros de expansión: Jerusalén, Constantinopla, y otros centros secundarios

El culto de la reliquia de la Vera Cruz está atestiguado desde 348-350 por san Cirilo de Jerusalén, que ignora el relato de la Invención por santa Elena. La leyenda que hace intervenir a la madre del emperador Constantino que se convierte en uno de los relatos más edificantes más populares de la Edad Media, no es anterior al final del siglo IV. San Ambrosio en 395 y san Juan Crisóstomo hacia el 398, no tienen en consideración ningún milagro que permita identificar a la Cruz de Cristo con los dos ladrones. Paulino de Nola consideró difícil de creer en la autenticidad de la reliquia si se ignoraban las circunstancias de su descubrimiento: describir en detalle las investigaciones emprendidas por santa Elena el medio más seguro de demostrar que no se trataba de su falsificación. Hay que resignarse, advierte A. Frolow⁷, a clasificar los orígenes del culto de la reliquia entre los episodios de la historia local de la comunidad cristiana de Jerusalén, que no conoceremos nunca.

Jerusalén ha sido el centro de expansión privilegiada de los codiciados fragmentos, objetos de un tráfico considerable por parte de los peregrinos llegados de todas partes, de los que existen indicaciones desde los siglos IV y V. La toma de Jerusalén por los persas en el 614, favoreció en cierta forma la expansión de la reliquia. La victoria de los persas habría supuesto el origen del depósito de un fragmento de la reliquia en Karcha, Mesopotamia. Al aproximarse el enemigo, fue depositada en una caja. Se realizó una serie de partes. Heraclio distribuyó un gran número de fragmentos que acababa de restituir al Santo Sepulcro. En el 635, antes de la invasión árabe, mandó transportar la reliquia completa a Constantinopla. Solamente un historiador latino tardío, Raimundo de Aguiles, ha podido sostener que se enterró una segunda vez –como en 614–, lo que podría haber hecho posible una nueva invención en tiempo de Godofredo de Bouillon, acreedor de ser contado entre los nueve Valientes⁸. La información está invalidada por las fuentes contemporáneas más solventes, tanto griegas como orientales. Un solo punto sería dudoso, a saber, si la Cruz fue depositada en Santa Sofía o en el Palacio imperial.

⁶ Tommasi, Francesco, «I Templari e il culto delle reliquie», I Templari: mito e storia, Atti del Convegno internazionale di Studi alla Magione Templaria di Poggibonsi, Siena, 29-31 maggio, 1987, Vitti-Ricucci, Sinalunga-Siena, pp. 191-210, sobre todo p. 194.

⁷ Frolow, Anatole, La relique de la Vraie Croix. Recherches sur le développement d'un culte, París, Institut d'Études Byzantines, 1961, pp. 55-107.

⁸ Franco Mata, Ángela, “Los nueve valientes y las virtudes en la literatura y el arte en el ocaso de Edad Media”, Joanot Martorell y el otoño de la caballería, Centro del Carmen – Valencia Diciembre de 2011 – Marzo de 2011, catálogo, Valencia, Generalitat Valenciana/Consorcio de Museus de la Comunitat Valenciana/Fundació Jaime II el Just, 2011, pp. 151-159.

El *Metropolitan Museum of Art* conserva una estauroteca, elaborada probablemente en Siria o Palestina, hacia fines del siglo X o incluso en el siglo XI, pudiendo suponerse *a priori* que no fue la única.

Los testimonios occidentales posteriores a la toma de Jerusalén por los árabes en el 637 confirman la dificultad o incluso imposibilidad de procurarse fragmentos de la Vera Cruz de procedencia directa de Jerusalén. Entre los fragmentos de la reliquia más o menos auténticos mencionados en los textos latinos entre mediados del siglo VI y final del siglo VIII, no se podría considerar un origen parecido más que en dos casos: un fragmento que habría sido llevado en 771 a Aosta por San Grat y las partículas de la Vera Cruz que el posible yerno de Carlomagno, Angilberto, depositó entre 794 y 799, bajo dos altares de la iglesia del Salvador en San Riquier.

Existen más referencias, entre otras un relato atestiguado a comienzos del siglo XI, concerniente al arca santa de Oviedo, que contenía uno o dos fragmentos de la Vera Cruz⁹. Los discípulos inmediatos de los apóstoles habrían fabricado en Jerusalén este mueble precioso, del que existe una reproducción exacta en el Museo Arqueológico Nacional, que después de muchas vicisitudes, fue a parar a las manos del rey de Asturias, Alfonso II el Casto: la catedral de Oviedo fue fundada en su honor. Conrado de Monferrato envió a Italia una estauroteca que había descubierto en 1191, con Felipe Augusto, a la encomienda del hospital de San Juan de Acre.

Constantinopla, la nueva capital del imperio parece haber sido, desde su origen, un simple depósito de la reliquia. No existen testimonios anteriores al siglo V. El número de fragmentos de la Vera Cruz fue aumentando progresivamente. Después de haber atesorado, da comienzo su exportación. A mediados del siglo VI, Constantinopla fue llamado a convertirse en un centro de difusión de la reliquia quizá tan importante como Jerusalén. Un fragmento particularmente voluminoso se hallaba durante mucho tiempo en Apamea de Antioquía, del que se apropió Justino II en el 574 (figs. 1-2). En el 635, la cruz de Jerusalén completa fue transferida a Constantinopla, preludio del abandono de Tierra Santa por el islam conquistador.

Como en Jerusalén, la Vera Cruz dio lugar a la formación de solemnidades litúrgicas; tal fue el origen de las fiestas del 30 de julio y el 14 de agosto, instituidas por la Iglesia ortodoxa en recuerdo de una procesión de dos semanas que tenía por finalidad llevar la reliquia a todos los barrios de Constantinopla para alejar el peligro de epidemias ligadas a los fuertes calores del verano. La primera estación estaba prevista en Santa Sofía. Los soberanos bizantinos utilizaban la reliquia como instrumento de fe y testimonio de fidelidad. En una asamblea popular destinada a preparar el concilio de Hieria, Constantino V propuso al pueblo de Constantinopla jurar sobre la Eucaristía, sobre la vera Cruz y sobre los Evangelios, adherirse a la iconoclasia. Se enviaron estaurotecas a modo de salvocon-

⁹ Gómez Moreno, Manuel, "El arca santa de Oviedo documentada", *Archivo Español de Arte*, tomo 18, n. 69, 1945, pp. 125-136.

ducto, a Constantino Dukas a comienzos del siglo X, y un siglo más tarde, a Constantino Dalasenos, que se quería atraer, en ambos, en una emboscada, al palacio. En 917 Constantino VII porfirogeneta ordenó jurar a los generales sobre un relicario de la Vera Cruz ser leales entre sí, en una campaña contra los búlgaros. En 1097, Alexis I Comneno exigió a los cruzados de paso a Constantinopla, la promesa sobre diversas reliquias, entre ellas un fragmento de la Vera Cruz, no atentar contra la integridad del imperio.

El puesto importante otorgado a los envíos en los textos contemporáneos ayuda a pensar que los latinos terminaron por reconocer en Constantinopla un centro de difusión parecido o incluso superior a Jerusalén. Embajadores, como Wibald de Stavelot, podían traer a Occidente estaurotecas halladas en el transcurso de una misión en Constantinopla. A este respecto conviene aludir al maravilloso tríptico, conservado actualmente en la Pierpont Morgan Library, de Nueva York (fig. 03)¹⁰. Más frecuentemente eran los peregrinos quienes llevaban a la ida o más frecuentemente al regreso de Tierra Santa fragmentos de la Vera Cruz.

Los documentos escritos son muy numerosos. El inventario de Santa Sofía de Constantinopla, redactado en 1396, menciona cuatro estaurotecas. El manuscrito del Vaticano, *codex 644*, describe una, perteneciente a un monasterio bizantino del siglo XIV. En 1403, el embajador español Ruy González de Clavijo vio otras dos en las iglesias por él visitadas durante su breve estancia en la capital del Imperio. Otros textos atestiguan que la capital del restaurado Imperio griego constituía un centro importante de difusión de la reliquia. La estauroteca del hospital de la Escala de Siena formaba parte de un lote de objetos santos que Pedro Torrigni consiguió adquirir en Constantinopla en 1359¹¹.

La Vera Cruz cumplió cometidos como instrumento de la política imperial. Manuel II Paleólogo, venido a Francia en 1400, para establecer alianzas contra los turcos, envía una estauroteca a Pamplona, al rey Carlos III de Navarra (figs. 04-05)¹², además de un trozo

¹⁰ Frolow, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. pp. 335-336, n. 347.

¹¹ Frolow, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. pp. 92, 515, n. 736.

¹² Marinesco, C., *Du nouveau sur les relations de Manuel II Paléologue avec l'Espagne*, *Studi bizantini e neoellenici*, VII, 1953, pp. 422-425; Cirac Estipiñán, S., *Bizancio y España. La Unión, Manuel II Paleólogo y sus recuerdos en España*, Barcelona, 1952, pp. 102-105; Brutails, M., "La cathédrale de Pampelune", *LVI Congrès d'archéologie de France*, 1888, p. 304; Frolow, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. pp. 92, 543-544, n. 823; Heredia, Carmen, "Relicario del Santo Sepulcro", *Orfebrería de Navarra. I, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra/Obispado de Pamplona*, 1986, pp. 27-29. Revisa estas circunstancias Martínez de Aguirre, Javier, "Le reliquaire du Saint Sépulcre de la cathédrale de Pampelune", *Autour de Hugo d'Oignies, bajo la dirección de Robert Didier y Jacques Toussaint*, Namur, Société Archéologique de Namur/Service de la Culture de la province de Namur, 2003, pp. 215-228, y acepta que fue comandado por Juana I de Navarra (1274-1305), esposa de Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, o por su hijo Luis X de Francia (rey de Navarra entre 1305 y 1316) venido para su consagración en la catedral de Pamplona en 1307. Su realización corresponde a 1255-1264; Omeñaca Sanz, Jesús María, "Inventario de las reliquias contenidas en el relicario del Santo Sepulcro de la catedral de Pamplona", *Príncipe de Viana* LXIII, n. 226, pp. 287-293; López de Guereño, M^a Teresa, "Relicario del santo Sepulcro", *A Su imagen Arte, cultura y religión, catálogo exposición*, Madrid, Conferencia Episcopal Española/Archidiócesis de Madrid/Fundación Madrid Vivo, 2004, pp. 228-229.

de la túnica de Cristo, y otro fragmento a Benedicto XIII y, al rey Martín de Aragón le dona trozos de la columna de la flagelación y de la piedra de la Deposición y la parrilla de san Lorenzo. Ofrece además otra estauroteca al duque de Berry¹³. El relicario del Santo Sepulcro, que fue abierto en 1999, cuyo inventario fue publicado por don Jesús Omeñaca, que contenía fragmentos “De Sudario Domini”, “De Sepulcro Domini y “De Mensa Domini”. Un ejemplo de época post-bizantina, es posterior a la toma de Constantinopla por los turcos. El consejo de fábrica de Santa Maria del Fiore en Florencia adquiere a un griego refugiado de Constantinopla una estauroteca entre 1453 y 1459, conservada en el Museo del *duomo*¹⁴.

Otros centros de expansión se suman a los citados, como la isla de Chipre, donde la devoción a la reliquia de la Cruz gozó de un considerable éxito a partir del siglo XIV. Un envío oficial en 1369 con destino a Venecia permite constatar que Chipre fue igualmente un centro de exportación de fragmentos de la Vera Cruz.

Puede decirse lo propio de los estados griegos fundados en la periferia de Bizancio tras la cuarta cruzada. La Cruz Palatina de Notre-Dame de París es atribuible hipotéticamente a uno de los Comnenos que reinaron en Trebisonda (actual Turquía). Otro ejemplo concierne a fragmentos de reliquia distribuidos por los emperadores de Nicea. Juan III Vatatzès había concedido varios fragmentos a san Sabas, primer obispo de Serbia. Una de las más hermosas estaurotecas bizantinas que nos han llegado es la llevada en el siglo XIII a Cortona por fray Elías de Coppi, segundo general de la orden de san Francisco, que fue embajador en Nicea junto a Juan III¹⁵.

Los países eslavos también contribuyeron a la expansión de la reliquia de la Vera Cruz, en particular bajo la forma de donaciones principescas, lo que contribuyó a alejarse de las costumbres de Bizancio. Una estauroteca rusa del siglo XIII en la catedral de Hildesheim, dos fragmentos de la vera Cruz dedicados respectivamente por Esteban Millutin en Pec y por Esteban Uròs III en Ras, pero que fueron transportados a continuación a Santo Domingo de Ragusa, atestiguan una cierta expansión en dirección a Occidente. Sin embargo, los monasterios de Monte Athos fueron los principales beneficiarios de los presentes de esta procedencia. Un príncipe ruso, que se hizo monje, habría enriquecido hacia 1169 el tesoro de Xylourgou con cuatro estaurotecas. El tesoro de Vatopedi conserva dos estaurotecas una perteneciente a un zar búlgaro, probablemente Jorge Terterij II¹⁶.

¹³ Frolov, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. pp. 92, 545-548, n. 830.

¹⁴ Frolov, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. pp. 92, 568-569, n. 881

¹⁵ Frolov, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. pp. 95, 432-433, n. 540; Id. Frolov, *Les reliquaires de la Vraie Croix*, París, Institut Français d'Études Byzantines, 1965, p. 100.

¹⁶ Frolov, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. p. 96.

Una investigación al respecto se impone para los diversos centros de expansión de la Reliquia en Occidente. En primer lugar, es necesario referirse a Roma, sede de la más alta autoridad espiritual y lugar de peregrinación, cuya importancia estaba a la altura de las sedes de Oriente. Era necesario que sus santuarios estuvieran enriquecidos con fragmentos de la Vera Cruz. Los fieles de Occidente pudieron enviar fragmentos de la verdadera cruz a Roma hasta época más reciente, como testimonian, por ejemplo, Santiago II de Inglaterra en la iglesia de Santa María in Trastevere o el capítulo de Mastraicht al papa Gregorio XVI. Sin embargo, predominan los fragmentos llegados de Oriente. El papa León I recibió un fragmento de la Vera Cruz en 454, del obispo de Jerusalén. En la segunda mitad del siglo V y a comienzos del VI los papas Hilario y Simaco depositan, cada uno, un fragmento de la Vera Cruz en los oratorios consagrados a ella en los baptisterios de Letrán y san Pedro. En San Pedro se veneraba la cruz bizantina enviada a Juan III por el emperador Justino y su esposa Sofía¹⁷. Un *Ordo Romanus* del siglo VII u VIII menciona la estauroteca gemada que era llevada el Viernes Santo en la estación papal de Santa Cruz de Jerusalén, a imitación de la ceremonia en Jerusalén ante el Gólgota. En 1204 Inocencio III reprochó vehementemente a los cruzados por haber robado reliquias de Constantinopla.

Los ejemplos más recientes atestiguan por regla general que las larguezas pontificales estaban destinadas a distintos establecimientos eclesiásticos, los más frecuentes a Italia, Francia, Alemania, España y Suiza.

Particularmente importante es la realeza francesa bajo los últimos Capetos, sobre la que trataré más ampliamente en lo referente al reinado de San Luis. Durante un cierto tiempo los reyes de Francia asumieron la prerrogativa de los emperadores de Constantinopla, consistente en distribuir fragmentos de la Vera Cruz. La iniciativa fue recobrada por San Luis, que la subvencionó con sus propios medios. Se conservan cartas reales relativas a donaciones de reliquias que nunca fueron tan numerosas como en tiempo del santo monarca. La santa corona ocupa el primer lugar, adquiriendo una veneración particular a partir de mediados del siglo XIII. Realizó numerosas donaciones de fragmentos de la Vera Cruz, tanto en Francia como fuera de las fronteras. La piadosa intención del rey de Francia contribuyó al establecimiento de un centro de culto, cuya irradiación debía ser tanto más grande como si se tratase de una especie de institución heredera de Bizancio.

1.2. Tipología de los relicarios

Los relicarios de la Vera Cruz o estauroteca constituyen el grupo de mayor coherencia y numéricamente el más importante bajo variados materiales y formas, entre ellas la forma de cajas planas con tapa corredera, cuyo ejemplar más suntuoso es el de Limburgo-sur-la-Lahn, en Alemania, traído de Constantinopla después de 1204, actualmente en *the Metro-*

¹⁷ Frolow, *La relique de la Vraie Croix...*, cit. p. 99.